

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

La selección de títulos que a continuación vamos a proponer y que corresponden a los meses finales de 1997 y los primeros a 1998 va a estar clasificada por sus contenidos temáticos, aunque sean muy generales, porque pensamos que de esta manera resultará mucho más útil para el lector su propia selección de preferencias.

JAVIER TUSELL

Historia presente y pasada

Quizá sea bueno empezar por dos libros recientes que inciden de nuevo en una larga tradición ensayística e historiográfica acerca de nuestra identidad nacional. Me refiero al de la *Real Academia de la Historia*, “*España. Reflexiones sobre el ser de España*”, Madrid, 1997, y al de Luis González Antón, “*España y las Españas*”, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

A alguno le podrá parecer que los debates acerca de la esencia de España son algo del pasado porque parecen remitir a los enconados enfrentamientos entre aquellos dos grandes exiliados que fueron Américo Castro y Sánchez Albornoz o al ensayismo de la posguerra en el interior de nuestro país. Lo cierto es, sin embargo, que si resulta mas que dudoso que exista un carácter nacional estable, constituye toda una tradición de la cultura española la meditación agónica

acerca del ser nacional. Existió en esa época pasada como resaca de la guerra civil y, si bien se mira, se ha reproducido en los últimos meses con ocasión de la “guerra de las Humanidades” de tal modo que sorprendentemente hemos pasado desde la discusión acerca de un tema de actualidad a torneos de erudición acerca del pasado remoto.

Convendría que los hicieran historiadores profesionales y no amateurs políticos enfervorizados, pues a fin de cuentas también uno

de los últimos libros de Braudel versó acerca de una cuestión parecida en Francia. Por eso conviene traer a colación dos volúmenes recientes, de muy distinta factura, pero que versan sobre esta cuestión y lo hacen con altura (aunque también merezcan ser discutidos en algunos puntos).

El tomo en el que la Academia de la Historia ha recogido el ciclo de conferencias que dedicó a esta cuestión tiene, como todos los de su género, el inconveniente y la ventaja de estar redactado por muy distintos autores, pero el nivel nunca desmerece a tan importante institución cuya solera no evita un talante de apertura y cuya erudición no impide el escarceo por terrenos del ensayo. Algunos de los textos recogidos en este libro son de una altura y capacidad de sugerencia difíciles de superar. El estudio del nombre de España o de su espacio geográfico (Benito Ruano y López Gómez, respectivamente) sirven de prolegómeno a la reflexión que se inicia, muy apropiadamente, en la época medieval con el recuerdo del reino visigodo (Ladero) y con la conciencia de una cierta unidad protonacional en los albores de la Edad Moderna (Fernández Álvarez). Continúa luego el debate acerca del unitarismo o la pluralidad desde la época de Felipe IV (Palacio Attard) hasta la Ilustración (Anes) y, en fin, concluye en la conciencia histórica que los españoles tuvieron de sí mismos en la contemporaneidad (Jover) o la que el resto de los pueblos han tenido acerca de ellos (Iglesias).

En el libro se contienen, además, interpretaciones de carácter general y teórico (Laín, Seco) que, por ejemplo, introducen, en el segundo caso, la cuestión de la posible consideración de España como “nación de naciones” y no “realidad plurinacional”. Se trata en suma de un libro del máximo interés, que debiera servir de punto de partida para cualquier reflexión desde cualquier punto

de la Península.

Mucho más discutible es el libro de González Antón. Nacido como crítica a la obsesión nacionalista de retroproyectar hacia el pasado sus exigencias del presente, tiene el inconveniente de hacer lo mismo con el nacionalismo español con el que se identifica el autor. Así, por ejemplo, da la sensación de aceptar una cierta españolidad en la Hispania romana, critica el supuesto parlamentarismo de la Corona de Aragón, presenta a Castilla como la expresión misma de la modernidad reformadora y, en fin, caracteriza 1640 como una rebelión de la oligarquía o la Nueva Planta como el producto de la racionalización. Lo cierto es que, a pesar de todo ello, muchas de las críticas del autor a la interpretación de las historiografías nacionalistas de la periferia están justificadas porque suelen incurrir en anacronismos (que González Antón no es capaz de descubrir en la suya). Pero lo que resulta inaceptable es, en cambio, la interpretación que se hace en este libro de la Historia contemporánea española en relación especialmente con los propios nacionalismos que son presentados como algo postizo y carente de arraigo popular. Todo eso no es cierto, al margen de que González Antón cometa también errores de hecho. Esta parte del libro se desliza hacia el ensayismo de combate pero no vendrá mal que este punto de vista al menos se tenga en cuenta desde otros, al menos a efectos polémicos.

Si las cuestiones abordadas en los libros citados han sido objeto de

debate público quizá ninguna cuestión histórica haya levantado más interés que el descubrimiento de un documento excepcional. En *Manuel Azaña, "Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados"*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997, editado con una introducción de Santos Juliá, se contiene un importante retazo de nuestra Historia, quizá el mas controvertido.

En cierto modo da un poco de miedo que la reciente aparición de los últimos cuadernos de diarios del intelectual y político republicano haya venido acompañada de cuestiones que nada tienen que ver ni con el personaje ni con el contenido de los mismos. Todo en la aparición de este documento histórico de primera importancia ha estado rodeado de tan novelescas circunstancias que puede existir el peligro de que nazca una superficial moda azañista o incluso de que el público lector resulte decepcionado porque no llegue a entender la significación de este excepcional documento histórico.

Conviene, por tanto, empezar por señalar no ya lo novelesco sino lo muy peculiar del robo de un diario privado de un político e intelectual, celosamente guardado por un dictador y entregado casi un cuarto de siglo después por su hija al Ministerio de Cultura. Y no viene mal tener en cuenta que, frente a lo que sucedió en un caso anterior, en este se ha actuado con inteligencia, criterio y rapidez al poner a disposición de los especialistas y lectores un libro

cardinal en la Historia y en la Literatura españolas.

Al margen de todas esas cuestiones hay que empezar por señalar los rasgos de unos diarios como los de Azaña, tanto los ahora aparecidos como los ya publicados. No sabemos bien qué destino final les hubiera dado pero parece probable que los pensó para servirle como material para unas eventuales memorias. Redactados a vuela pluma, testimonian una facilidad de escritura increíble. Tienen el mérito de permitir día a día, casi

hora a hora, los acontecimientos de la política republicana desde la perspectiva del autor. Las efusiones íntimas —ante ellos o acerca del paisaje, nunca sobre la vida amorosa— no abundan, pero el autor está presente con el estilete de su inteligencia analítica en cada página del texto. Tiene en ella no sólo el mérito de la sinceridad sino también el muy a menudo ser capaz de ponerse en una perspectiva diferente de la propia (lo que no quiere decir que comprenda a sus adversarios). Nunca —en España o fuera de ella— se ha escrito nada parecido con tal dominio del lenguaje, asiduidad y extensión. Nunca un intelectual, en ejercicio de político, se ha diseccionado a sí mismo de forma tan completa y total en esos dos rasgos de su personalidad.

Para los españoles este documento histórico reviste una especial significación porque narra momentos decisivos de nuestra primera experiencia democrática. Los editores han tenido el buen criterio de publicar a un tiempo no sólo los textos robados sino también un cuaderno intermedio que no lo había sido. Se tiene de este modo una perspectiva completa del período entre el verano de 1932 y el de 1933, etapa en que se produce el ápice de la tarea gubernamental de Azaña y su derrota final. Dada la importancia del personaje en el conjunto del período republicano se puede hacer un balance nuevo con esta fuente ahora revelada. Para ayuda del lector poco informado hubiera sido deseable

anotar la edición con alguna información complementaria.

De la lectura de los diarios se extrae como conclusión hasta qué punto la ejecutoria política de Azaña estuvo erizada de dificultades. Si se compara lo que la derecha (o la extrema izquierda) dijeron contra él en momentos como la sublevación de Sanjurjo o Casas Viejas con la realidad de sus reacciones personales, transcritas de forma asidua en el diario, se concluye en su superioridad moral en ambos acontecimientos citados y en la intelectual en muchos otros como, por ejemplo, el juicio acerca de muchos de sus colaboradores, la percepción del posible desvío de los socialistas o, en fin, el juicio acerca del entrometimiento del Presidente de la República.

Pero Azaña tampoco fue impecable. Frente a lo que asegura Santos Juliá en la introducción, creo que los diarios revelan la limitación de Azaña como político: no por ser reformista, sino por entregar la reforma más importante —la agraria— a ineptos, por megalomanía y tono despectivo respecto al adversario y por considerar, en el fondo, que su propia opción se confundía con la República misma. Los meses finales del bienio que presidió transparentan esos defectos. Lerroux tenía muchas fragilidades y Alcalá Zamora era entrometido y vacuo; Azaña estaba en casi todo por encima de ambos. Pero, a pesar de darse cuenta que debía abandonar el poder, no fue capaz de descubrir el cómo o el cuándo

ni, sobre todo, aceptar que pese a los defectos de esos dos adversarios debían articular un consenso en los fundamentos mismos de la convivencia política con ellos. Tardaría en cambiar de postura hasta que fue demasiado tarde, en un desenlace ya del que él no era culpable eminente, pero tampoco por completo inocente.

Precisamente un conocido historiador británico ha disecionado en un libro de

madurez algunos de los principales personajes españoles del siglo XX entre los cuales aparecen tanto Franco como Azaña. El libro de *Paul Preston*, “*Las tres Españas del 36*”, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, obtuvo un importante premio literario concedido por la barcelonesa Editorial Plaza y Janés.

Los historiadores anglosajones que se dedicaron en su día al siglo XX español jugaron desde finales de los sesenta un papel de primera importancia en la apertura de este período histórico al conocimiento de nuestros compatriotas durante esos años. Con el paso del tiempo ya se puede considerar decantada la importancia relativa de cada uno de ellos. Raymond Carr fue autor del primer estudio global sobre la España contemporánea en que se trató de esta como un país cuyas peculiaridades propias no impedían enmarcar su trayectoria en una evolución universal. Tuvo, además, un grupo de discípulos españoles, alguno de ellos tan brillante como Juan Pablo Fusi. Stanley Payne, autor de un pionero estudio sobre Falange, ha sido autor de una obra abundantísima y, convertido en una autoridad mundial en cuestiones como el fascismo, siempre ha sabido establecer paralelismos entre España y países de entorno histórico y cultural semejante o distinto. Edward Malefakis, cuya obra es menos extensa, tiene el mérito de haber escrito una monografía todavía no superada sobre la cuestión agraria en los años treinta. Paul Preston pertenece a

una generación más joven. Su obra, muy amplia, se ha centrado de forma especial en los años treinta hasta que su extensa biografía de Franco ha parecido trasladarle a tiempos más recientes.

Estas líneas previas eran necesarias para señalar que esos historiadores anglosajones abrieron campos nuevos — cronológicos y metodológicos— y que, en ese sentido, su tarea resultó inapreciable. Ahora (también es preciso decirlo) la investigación en punta —es decir, las mayores novedades en cuanto a información, pero también en cuanto a enfoque, gracias al cosmopolitismo de las jóvenes generaciones— está ya en manos de españoles. Los citados historiadores anglosajones proporcionan, sin embargo, un siempre útil contraste de profesionalidad, de perspectiva exterior y de enmarque universal.

Se comprende que Preston haya sido capturado por la fascinación que siempre ejerce la biografía. Hubo un momento en que en España era poco menos que ilegítima hasta que a finales de los ochenta empezamos todos los contemporaneístas españoles a cultivarla. Preston, además, tiene tras de sí toda una tradición en la historiografía británica y la experiencia de haber abordado una vida decisiva durante mucho tiempo para los españoles, la del dictador.

Su libro “Las tres Españas del 36” elige nueve personajes —entre ellos el propio Franco— que

aborda con profesionalidad y destreza. La profesionalidad se la da un abundante manejo de fuentes que, aunque casi siempre secundarias (es decir, libros impresos en la época o con posterioridad) permiten cruzar enfoques y puntos de vista distintos. La destreza se mide por la capacidad para captar la esencia del personaje, aquí lograda en mayor o menor grado pero siempre digna de seria consideración.

El lector especializado no encontrará novedades en un libro como éste. El que no reúna esa característica podrá leer un texto inteligente y ameno con la garantía de que está elaborado con el talento de un historiador concienzudo y muy al día en sus lecturas. Claro está que ninguna de esas biografías es definitiva pero eso quizá resulte inevitable en quien escribe sin poder manejar fuentes primarias. A mi modo de ver, además, este es el mejor libro de Paul Preston porque en él ha abandonado un rasgo que hasta ahora caracterizaba a la mayor parte de sus textos. Entusiasta y apasionado, en ocasiones daba la sensación de ser más beligerante en Historia española que los propios nacionales. La madurez también consiste en comprender y no en tratar de librar batallas con quienes ya han desaparecido.

Al lado del elenco de biografías de Preston conviene citar el libro de *Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox*, “*España 1808-1996. El desafío de la modernidad*”, Madrid, Espasa Calpe, 1997, un ensayo de carácter general acerca de la evolución de la Historia española más reciente.

Sin la menor duda Juan Pablo Fusi es uno de los grandes historiadores de la época contemporánea. Formado principalmente en Oxford al lado de Raymond Carr, su primer libro, producto de una tesis doctoral, trató acerca de la política obrera en el País Vasco —principalmente en Bilbao— a

comienzos de siglo y estableció toda una serie de líneas de interpretación que permiten considerarlo, a la vez, como un clásico y como una de esas obras que suponen todo un giro en las interpretaciones historiográficas. Luego su obra ha continuado por otros senderos como la cuestión autonómica en el pasado y en la actualidad. Ha escrito una breve biografía de Franco que es quizá la mejor síntesis breve y también un texto inteligente —en colaboración con Carr— acerca de la transición. Buen investigador, ha sabido también abordar con altura la labor de divulgación, una empresa que no es fácil ni está a la altura de todo el mundo. Además, tiene una obra nutrida y en crecimiento constante. Últimamente la Editorial Biblioteca Nueva ha publicado un libro editado por él y producto de un Congreso celebrado por la Universidad Complutense, que es lo mejor aparecido hasta el momento sobre este aspecto de nuestra Historia y del que más adelante se dará cumplida cuenta. Y, sobre todo, en “Historia 16” ha aparecido un manual relativo a la Historia Universal entre 1898 y 1939 que revela el excepcional cosmopolitismo de este historiador, su inteligencia matizada y lo muy al día que está en la ciencia que cultiva.

Sin embargo su último libro, de carácter general acerca de la España contemporánea, no resulta un acierto completo. Es cierto que tiene tras de sí muchas lecturas, y sobre todo, una ponderada distribución de materias. Me

parece, por ejemplo, muy correcto que el eje interpretativo se encuentre en la política pero llama la atención el relevante papel concedido a la cultura, las formas de vida o al transcurrir cotidiano. Las discrepancias de fondo que cabría mencionar respecto de su contenido serían mínimas y sólo merecería la pena hacerlo en una revista para especialistas.

Sin embargo el libro tiene algunos inconvenientes que a un lector un poco exigente le resultan patentes. Se trata, en primer lugar, de un número de páginas

demasiado reducido y con una amplitud temática excesiva como para que el autor pueda desarrollar una tesis original y sugerente. Además la Historia económica está abordada por otro autor y superpuesta a la otra interpretación, la de Fusi, con resultados que no siempre son felices. Finalmente quizá también resultan criticables, en algún modo, los párrafos iniciales del libro. Se repudia en ellos la dramática presentación de España en la época contemporánea como un fracaso o como algo excepcional. Ahora bien, esta afirmación o bien es una obviedad que cualquier autor suscribiría o bien debiera ser muy matizada: ningún país occidental europeo tuvo una guerra civil y una dictadura posterior como la franquista. En definitiva, el libro se lee con agrado pero con pocas sorpresas.

Tres biografías intelectuales

Puede existir la sensación de que las biografías más apasionantes son la de los hombres políticos que contribuyen a cambiar la vida de los millones de seres humanos, pero esta visión peca de ignorancia acerca de lo que es de verdad la política. Caracteriza al hombre público, por el contrario, ser llevado por los acontecimientos en vez de regirlos mientras que guarda muy pocos secretos íntimos y, menos aún, de verdadera trascendencia por la simple razón de que toda su vida está volcada hacia lo externo. Caso muy diferente es el de los intelectuales, sobre todo de

la envergadura de Marañón, Ortega o D'Ors.

Tres estudios biográficos sobre estos tres grandes intelectuales españoles ratifican el interés del género, aunque resulten de muy diferente calidad.

Francisco Pérez Gutiérrez, autor de *“La juventud de Marañón”*, Madrid, Trotta, 1997, ha escrito un bello libro acerca del primero que ocupará un lugar de honor en una bibliografía muy abundante pero en la que quizá faltan títulos biográficos recientes aun siendo meritorios los clásicos. Lo que sucede con Marañón es que, como dice el autor, muchos de sus registros esenciales han sido dichos pero no explicados. Uno de ellos no es tan habitual en el mundo cultural español: fue un intelectual que tuvo maestros y que supo reconocerlos como tales. Su trayectoria y producción se explican, por tanto, desde la conciencia de partir de unas raíces y la voluntad de mantener una continuidad fundamental con ellas.

Curiosamente en un intelectual cosmopolita como fue Marañón, gran parte de ese punto de partida estuvo constituido por el “foco provinciano” santanderino en que tuvo su primera juventud: el formado por personalidades en apariencia tan antagónicas como Pérez Galdós, Pereda y Menéndez Pelayo. En la evocación de este mundo de convivencia por encima de discrepancias políticas el autor revela aspectos poco conocidos del mundo cultural de la Restauración, pero también el

modo en que Marañón asumió ese magisterio que no excluía

discrepancias, por ejemplo respecto de los juicios de Menéndez Pelayo acerca del pasado español. Sobre estas influencias de edad temprana se insertaron también el legado de Cajal y la obra de Unamuno como permanente suscitador de inquietudes que tuvieron tratamiento a veces divergente en Marañón. Toda buena biografía

incita a la lectura del biografiado y este es el caso del libro comentada cuyo inconveniente puede ser que nos deja en un momento de una trayectoria vital que queda, así, truncada. Las citas resultan, además, demasiado largas quizá por la seducción que han ejercido sobre el autor de los textos.

Del libro de *Gregorio Morán* — acerca del Ortega final— *“El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo”*, Barcelona, Tusquets, 1998, hay que empezar por alabar el considerable trabajo que tiene tras de sí. Lo cierto es que Morán ha escrito siempre con un nivel muy por encima de lo que es habitual en los profesionales del periodismo, aunque sus libros también hayan sido muy discutibles. También es preciso alabar la elección de un tema importante acerca del cual existen lagunas.

Pero el libro merece una enmienda a la totalidad. La mitad del mismo está dedicada al ambiente intelectual español entre 1945 y 1955. Morán ha leído mucho en revistas de acceso no tan fácil y en archivos poco o nada clasificados pero esa tendencia dispersiva le hace perderse en incidencias y anécdotas, la mayor parte de ellas sangrantes para sus protagonistas. No creo que, por otro lado, haya captado bien la esencia del nacionalcatolicismo, ni la supervivencia de una cultura de calidad durante el período. Tampoco evalúa con corrección la obra del Ortega de estos

momentos que, sin duda, en ocasiones es irrelevante pero que también tiene libros esenciales. No parece que Morán tenga el nivel intelectual exigible para abordar las cuestiones de que tratan.

Pero lo que resulta inaceptable en Morán es el esquinamiento con que se enfrenta a los temas que elige. Su tesis principal es que Ortega fue tergiversado por sus seguidores, demonizado por los adversarios y utilizado por el régimen. Con la misma información inédita que aduce — y que se le debe agradecer— creo que se puede concluir la dignidad de ese anciano intelectual, acosado por circunstancias difícilísimas, que fue el Ortega posterior a 1945. No basta con eso. Morán no deja pasar página alguna de su libro sin ácidas invectivas contra los grandes de la cultura española del momento. Como disfruta tanto con ellas no merece la pena repetirlas. Lo que importa es que convierte su libro en necesitado de reescritura desde el principio al final. Lucien Febvre nos recordó que la peor tentación de un historiador es querer ser juez suplente en el Valle de Josafat. Morán ha caído en esa tentación, con lo que se traslada a un tiempo ya lejano en que estas contiendas se convirtieron en centrales dentro de la vida española, y es tan injusto con su biografiado como lo fueron otras personas pertenecientes a la extrema derecha.

D'Ors, diferente en muchos sentidos, perteneció a la misma

generación que los otros dos intelectuales ya citados. En *Vicente Cacho Viu, "Revisión de Eugenio D'Ors. Seguida de un epistolario inédito", Madrid, Quaderns Crema/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1997*, nos encontramos con un libro de elevada calidad que puede pasar desapercibido para los medios de comunicación. Merece este juicio porque trata de una de esas personalidades intelectuales que han estado a caballo entre Madrid y Barcelona durante décadas y ha sido escrito por quien ha pasado también por esta interesante experiencia

cultural. Además el libro da muestra de una erudición difícilmente superable y en ocasiones resulta deslumbrante por sus intuiciones no ya sólo sobre el personaje sino sobre toda la Historia intelectual de la España del siglo XX.

D'Ors ha tenido el inconveniente de ser un autor maldito, en especial en Cataluña por razones políticas bien obvias, pero también por la dificultad de conocer su obra, demasiado dispersa, y necesitada de ser leída trascendiendo su voluntad críptica y en ocasiones su casi insufrible pedantería. El "Glosario", género de ensayo corto con ciertas referencias a la actualidad pero siempre un tanto elípticas, resulta difícil de gustar en la primera lectura y con frecuencia parece demasiado repetitivo. Sin embargo revela una mente no sólo excepcionalmente culta e irónica sino también ensoñadora, poco interesada en cualquier tipo de ambición política inmediata y un tanto frágil ante las adversas circunstancias exteriores.

Leyendo el libro de Cacho el lector se reconcilia con D'Ors precisamente por estos rasgos. En el fondo desde siempre el intelectual catalán fue un "forzado de la pluma", fracasado a la hora de intentar la conquista de la cátedra y condenado a escribir innumerables artículos en la prensa española para sobrevivir sin que los directores de los periódicos o sus supuestos lectores le entendieran por completo (se puede sospechar que ni a medias). Este profeta

desarmado en ocasiones habló pomposamente de sus responsabilidades en la gestión cultural pero la realidad es que no tuvo otra cosa que tareas subordinadas y de relumbrón. Su brillantez le hizo encontrar un lugar, primero en la Mancomunitat, luego en la prensa madrileña y aun en el régimen de Franco, pero nunca pasó de ser un adorno o greca. Quiso ser un Ortega o un Prat de la Riba pero resultó un solitario como Unamuno, aunque sustituyendo la tragedia por la ironía.

Sus ideas autoritarias, que merecen el calificativo de protofascistas más que fascistas, testimonian una influencia francesa muy marcada. Fue él quizá el único intelectual que se aproximó a este ideario al comienzo de los años veinte. Su fuerza en la creación de mitologías colectivas fue tal que le convirtió en el definidor de la propuesta clasicista y mediterránea del “noucentisme” y logró una difusión excepcional a pesar de que en lo político difícilmente podía prender en Cataluña. Pero en el fondo en D’Ors no hubo ese tono áspero en la polémica y perfectamente consciente de las consecuencias prácticas de su toma de posición en la vida política que se aprecian en Maurras, su principal inspirador teórico. En realidad la política le interesaba infinitamente menos que la manipulación lúdica de las ideas. Eso puede parecer irresponsable y, en cierto sentido, lo es. Pero de nuevo reconcilia al lector con un pensador siempre de considerable

nivel, muy al día y con una

capacidad de sugerencia excepcional.

Los libros del 98

La conmemoración del centenario de 1898 ha venido acompañada por una larguísima serie de publicaciones de muy variados propósitos y calidades. Ha habido de todo: reportajes históricos y apuntes biográficos, aportaciones

inéditas y originales, interpretaciones globales y estudios sobre puntos muy concretos, reediciones de clásicos, resúmenes del estado de nuestros conocimientos y un largo etcétera. En una relación tan nutrida el lector que no sea especialista puede perderse e incluso el que esté interesado en saber más puede llegar a sentirse abrumado por sobreabundancia en donde elegir. Quizá resulte útil, por tanto, hacer un balance de urgencia procurando atender a todos los posibles intereses de un conjunto muy plural de lectores.

Empecemos por aquellos libros con los que los profesionales de la Historia nos sentimos más satisfechos por razones obvias: proporcionan o bien una interpretación original y brillante o bien un estado de la cuestión de carácter profesional y muy al día en sus lecturas de monografías o por la aportación de nuevos conocimientos.

En el primer apartado hay que situar el texto póstumo de *Vicente Cacho Viu, “Repensar el 98”, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998*, una pequeña joya historiográfica de quien era aceptado como el mejor especialista en el campo de la Historia intelectual del período finisecular y cuya obra se ha visto malograda por una temprana desaparición. En este breve texto, recopilación de artículos elaborados previamente, sienta Cacho las premisas de una interpretación que sin duda está destinada a mantenerse y prolongarse durante mucho tiempo y a la que es una lástima

que él mismo no diera fin. Con una erudición asombrosa aclara cómo el concepto de “generación del 98” fue acuñado en realidad por Ortega y no por “Azorín” y cómo, además, lo sucedido en España no fue nada peculiar sino que se dio también en otras latitudes. Con todo, lo más original de la interpretación de Cacho consiste en la comparación entre Madrid y Barcelona, convertida ésta en segunda capital cultural de España en estos momentos. En la primera generación finisecular no tuvo una “moral colectiva” capaz de hacer una propuesta para el conjunto del país pero éste sí fue el caso de la catalana que, además, conquistó el poder político.

Si este libro proporciona puntos de vista muy originales el de *Juan Pablo Fusi* y *Antonio Niño* “*Visperas del 98*”, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, producto de un congreso celebrado en la Universidad Complutense, nos ofrece un balance de lo que los historiadores piensan hoy sobre el 98 del siglo pasado. La verdad es que para quien no esté al día acerca del particular el contenido de este libro puede tener muchas sorpresas. La primera es que ya no se habla del 98 sino del fin de siglo porque, en definitiva, gran parte de los rasgos que se identifican con esa fecha tuvieron sus orígenes en torno a 1885, como señala José María Jover en las páginas magistrales que dedica a la cuestión en este libro. Otro aspecto novedoso, al menos para gran parte de los lectores, puede ser que las

responsabilidades de los dirigentes españoles fueron menores de lo que se acostumbra a decir. España tenía un sistema político inauténtico pero liberal; no contó con aliados pero eso era inevitable en las coordenadas internacionales de la época y no estaba preparada desde el punto de vista naval pero, en cambio, su Ejército no fue derrotado por los norteamericanos. En definitiva hemos quitado casticismo y truculencia a nuestra interpretación de la pérdida de las colonias.

Estos creo que pueden ser considerados como los dos libros

de carácter general acerca del 98 más valiosos, por su novedad, en un caso, y ambición omnicomprensiva en el otro. Pero hay muchos otros de indudable mérito. El de *Sebastián Balfour*, “*El final del Imperio español, 1898-1923*”, Barcelona, Crítica, 1997, merece este juicio pero tiene también como inconveniente que se refiere mucho más a las consecuencias del 98 en la política interna española que a los propios acontecimientos conmemorados y no trata del impacto en la cultura española de la pérdida de las colonias, factor de primordial importancia, como se sabe. Quizá, como libro de conjunto, sea mejor el “*España fin de siglo. 1898*”, Catálogo de la Exposición organizada por la Fundación La Caixa, 1998, aunque en este caso el acento está puesto, sobre todo, en la vida cotidiana.

Quizá entre el resto de los libros aparecidos podamos hacer una división entre aquellos que se refieren a la guerra colonial propiamente dicha o aspectos relacionados con ella y aquellos otros que tratan de la evolución de la cultura española a partir de los años finiseculares. Entre los primeros merece la pena seleccionar dos títulos. El libro de *Gabriel Cardona* y *Juan Carlos Losada* “*Weyler. Nuestro hombre en La Habana*”, Barcelona, Planeta, 1998, responde, sin duda, a una iniciativa editorial y no al descubrimiento de nuevas fuentes de importancia sobre el personaje, pero está bien elaborado y, además, denota un grado de exigencia en quien lo estuvo en su origen mucho más

alto que lo habitual en quien se dirige al gran público. Ha habido un gran número de periodistas que han escrito sobre el 98 pero en el caso de *Agustín Remesal, "El enigma del Maine"*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, encontramos una auténtica investigación con fuentes de primera mano sobre el hundimiento de un barco que estuvo en el origen mismo del estallido de la guerra (pero que ya no puede considerarse un suceso que plantee tantos interrogantes).

Entre los libros publicados en los últimos meses sobre la generación intelectual finisecular se pueden elegir tres que el lector podrá utilizar con agrado y aprovechamiento. El de *Andrés Trapiello, "Los nietos del Cid. La nueva edad de oro de la literatura española, 1898-1914"*, Barcelona, Planeta, 1997, no es el prototípico de un especialista universitario en ese período literario pero sí el de un lector fervoroso, a veces conocedor de lugares recónditos de la producción literaria de aquellos años, y tiene con frecuencia interpretaciones muy sugestivas. *José Luis Bernal* se cuestiona en *"La generación española de 1898"*, Valencia, Pretextos, 1997, todo el debate acerca de si se puede considerar como una unidad este grupo humano, cuestión que ha dado lugar a auténticos ríos de tinta. Autor de una tesis doctoral acerca de las artes plásticas del 98 que marcará un hito en la visión de la cultura española de la época, Bernal resuelve en el libro citado una cuestión que ha permanecido

demasiado tiempo sobre el tapete y lo hace, además, proponiendo

una periodización cronológica inatacable. Precisamente a la primera de las etapas de la generación finisecular se refiere el libro de *Carlos Blanco Aguinaga, "Juventud del 98"*, Madrid, Taurus, 1997. El autor, junto con Inman Fox y el desaparecido Pérez de la Dehesa, fue uno de los primeros estudiosos, con criterios científicos muy puestos al día, de

esa etapa de la cultura española. A pesar de que la primera edición de este libro data de casi hace treinta años, sigue teniendo plena vigencia. Esa primera etapa de los intelectuales de la generación finisecular fue la más comprometida desde el punto de vista político y social.

Dos biografías políticas

Concedida la debida preferencia a las biografías intelectuales se convendrá, sin embargo, en que también, en ocasiones excepcionales, tiene sentido abordar la trayectoria personal de algún gran personaje político.

Entre los hombres públicos españoles del siglo XX Antonio Maura reviste unas características muy especiales. Personaje polémico, fue sin embargo el encargado de presidir los gobiernos de concentración de las diferentes fuerzas políticas. Inequívocamente conservador demostró ser al mismo tiempo un sincero liberal. Si Azaña —su programa y su acción política— ocuparon el centro del escenario durante la segunda República, el personaje al que cabe atribuir tal género de protagonismo durante el reinado de Alfonso XIII es sin duda Maura. La razón que lo explica es su propia envergadura de hombre político, al margen de que pudiera cometer mayores o menores errores. Por cierto que no se acaba de entender la propensión de una parte de la derecha española de elegir como modelo a Azaña cuando lo más lógico y coherente sería atribuir esta función a Maura.

En los últimos tiempos han aparecido varios libros (y casi incontables artículos) acerca del político mallorquín y del movimiento político que inspiró. Es razonable que así sea y también lo es que todos ellos coincidan en señalar su papel clave en un momento de la Historia española en la que empezaba a plantearse la posible transición del liberalismo a la democracia. De hecho en todos esos trabajos se señala cómo en realidad la Restauración era un sistema político con muchos defectos desde la perspectiva de la democracia pero no carente de un componente liberal auténtico. El interrogante que, en estas condiciones, se plantea, es por qué ese régimen no evolucionó, ni siquiera de un modo parcialmente perceptible, hacia una democracia. En el centro de esta cuestión aparece la figura de Maura defensor a ultranza de una movilización de la “masa neutra” o, como dice la autora del libro reseñado, de una “socialización conservadora”. Todo ello es lo que confiere una gran importancia al libro de *María Jesús González, “El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado”, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.*

González, para narrar la vida de Maura y describir su proyecto político, ha acudido a una impresionante información documental que le sirve de armazón para un libro en donde abundan las citas inteligentes y los análisis agudos, de los que puede ser un buen ejemplo la

citada expresión. Pero, al margen de alguna omisión bibliográfica, su trabajo tiene el grave inconveniente de caer en un exceso de arrobó ante el personaje que se hace especialmente grave a partir del momento en que se aborda su experiencia gubernamental en 1907.

Maura fue un excelente predicador de virtudes cívicas pero un biógrafo suyo corre tantos

peligros como los que suelen merodear a los casi infinitos ensayistas acerca de Azaña. El hecho de que un personaje sea atractivo quiere decir que merece un libro, pero no de modo necesario que éste haya de consistir en una larga serie de loas a lo que hizo o lo que pensó. En el libro de González hay momentos en que el biografiado roza la impecabilidad absoluta. A veces no se tienen en cuenta sus malas compañías (Cierva), se le atribuyen leyes que no fueron suyas y, sobre todo, se le considera el único político de su tiempo dotado de un ideario y un programa de acción mientras que los demás resultan, a los ojos de la autora, poco más que una pandilla de zascandiles. La verdad es que Maura puede ser justificado desde muchos puntos de vista. Incluso sus momentos menos laudables (1909) a veces merecen alguna exculpación por motivos personalísimos, como sugiere la autora.

Pero es insostenible la interpretación que pretenda convertirle en impecable e incluso le hace un escaso favor a él mismo (y, por descontado, a la Historia). Donde mejor se aprecia lo erróneo de este planteamiento es en el contraste entre lo que Maura decía y lo que hacía. Fue un excelente predicador de ciudadanía pero, aun siempre liberal, dudó o erró en el diagnóstico al momento de traducir el pensamiento en acción. Su proyecto era de difícil cumplimiento pero con tan sólo no haberse detenido en 1909 la

autora hubiera descubierto sus fragilidades.

En cuanto al libro de *Fernando Puell de la Villa*, “*Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX (1912-1995)*”, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, nos traslada a otro momento y a diferente temática. Esta biografía de una figura clave del Ejército español proporciona claves decisivas para comprender su trayectoria, aunque no acabe de esclarecer por completo los problemas militares con los que debió enfrentarse la transición.

Con frecuencia los protagonistas de la transición se quejan de las interpretaciones que ven aparecer en los libros periodísticos o históricos acerca de aquellos acontecimientos en los que participaron. La realidad es que la reivindicación del propio pasado, la indignación ante la versión del enemigo o la desocupación son, más que el gusto por la exactitud, los alicientes principales para llegar a redactar una versión propia. Pero más vale que hagan esto último porque el transcurso inexorable del tiempo —menos del que ellos piensan— tiene como consecuencia que los historiadores profesionales se apoderen del personaje y la conviertan en libro.

Viene esto a cuento de que la reciente biografía del general Gutiérrez Mellado, realizada con enorme pulcritud y capacidad de trabajo por Puell, revela hasta qué punto incluso una persona que carece de un auténtico archivo privado puede ser retratada gracias a los rastros que deja en

los públicos. Nacido en 1912, Gutiérrez Mellado fue, como

tantos oficiales jóvenes que iniciaron su trayectoria profesional en los treinta, un entusiasta de Franco y de los grupos de extrema derecha en aquel momento histórico. Su trayectoria profesional en la posguerra aparece estrechamente vinculada a los servicios de inteligencia con misiones en los aspectos más delicados como la información política o la

actividad antiguerrillera y al Estado Mayor lo que le proporcionó probablemente un conocimiento global de los problemas de nuestro Ejército pero evitó que tuviera experiencia en mando de tropas. La clave de su biografía militar reside en el período en que estuvo al lado del general Díez Alegría en el Alto Estado Mayor durante la primera mitad de los setenta. Se convirtió allí en un protagonista determinante en la definición de un programa de reformas militares que iniciaría durante la transición. Su puesto y su carácter le proporcionaron una visibilidad y una popularidad que le llevaría luego a desempeñar un papel esencial durante la transición.

Pero las claves esenciales de su actuación durante este último período no las ofrece Puell en su biografía. Lo muy laudable —y también obvio— de su programa en materia de coordinación de la defensa, disciplina militar o cambio de la simbología contrasta con el padecimiento sufrido durante su gestión, un auténtico “calvario” en término elegido por su biógrafo. Claro está que Gutiérrez Mellado tuvo que enfrentarse con un alto mando militar cuya actitud espontánea estaba lejanísima de los propósitos de la transición. Durante ella se acostumbró a reducir la actitud involucionista a un sector mínimo, afirmación que no se correspondía a la realidad. Fue eso lo que minó, en una multiplicación de incidentes mínimos, la imagen y el buen carácter del general. Si no sabe la menor duda de que este acertaba

en lo esencial cabe preguntarse si no es posible retrospectivamente criticar su ejecutoria en tres aspectos de la mayor importancia: las sanciones a los indisciplinados, los nombramientos y la gestión de crisis como la legalización del PCE. La inmensidad de las dificultades debe hacer olvidar estos aspectos sobre los que existen interrogantes. Quizá Gutiérrez Mellado se convirtió con el paso del tiempo en el símbolo de lo que el pueblo español quería que fuera quien estaba al frente de sus Fuerzas Armadas. Con el solo hecho de aparecer como tal prestó un servicio decisivo a la Democracia y al Ejército.

Es lástima que estas cuestiones no han sido abordadas por Puell con la extensión requerida. Su libro, no obstante, supone un salto cualitativo en lo que respecta al papel del Ejército durante la transición, objeto de algunos análisis periodísticos brillantes pero otros muy discutibles (Urbano) y de otros que no recurren a fuentes de primera mano y se quedan en la comparación con procesos semejantes en otras latitudes (Aguero). De Puell debemos esperar un texto más amplio acerca de la transición militar, una clave poco conocida de nuestro pasado inmediato.